

## MARTA AÍDA PALACIO CORREA

*Estadística. Especialista en Negocios Internacionales. Docente titular UPB. Miembro del Grupo de Investigación Territorio*  
martaaida.palacio@ubp.edu.co

## JAVIER GALEANO BAENA

*Sociólogo. Magíster en Ciencias Sociales del ILADES - Chile. Docente de la Facultad de Trabajo Social. U.P.B.*  
galeanob@yahoo.es

### Resumen

*La Universidad, uno de los escenarios de socialización de los jóvenes, debe participar de su formación política para la vida como ciudadanos. La Universidad no puede limitar su papel a mero centro del conocimiento científico, sino que debe preocuparse porque sus estudiantes sean participes conscientes del devenir de la sociedad a la cual se deben; sin embargo la “cultura política” es un concepto al que se le da poca importancia.*

### Abstract

*The University, one of the scenarios where young people mingle, must be present in their political education for their lives as citizens. The University cannot afford to limit its role to a mere scientific knowledge center, but should be concerned about the students being conscious participants of the occurrences of their own society; however, the concept of “the culture of politics” is not given much importance.*

### Palabras clave:

*educación política, cultura política, formación ciudadana, estudiante universitario*

### Key words:

*Political education, citizenship education, university student.*

## LA UNIVERSIDAD: CAMBIO DE FUNCIÓN

En los años sesenta del siglo pasado, la universidad se había convertido en una suerte de “lugar de encuentro” para la juventud que asistía a ella. Era el lugar de encuentro por excelencia para aquellos sectores que tenían acceso a ella, era el pretexto para la reunión y la discusión de las ideas que circulaban en torno a las posibilidades de cambio de estructuras sociales que se pensaban caducas o indeseables. Las utopías ejercían un poder enorme en su función central de imaginar ‘mundos mejores’ y en la creencia de que eran posibles por la práctica transformadora de la realidad.

Otros vientos soplan ahora en los campus. De aquella universidad de los años 60 del siglo XX, quedan pocas cosas; mejor dicho, otras cosas: una nueva imagen que corresponde a nuevas realidades. Los temas de la utopía y el cambio ya no habitan como antes los claustros y, las preocupaciones que entusiasman al estudiante poseen otros matices menos trascendentes o más frívolos.

Para su desarrollo integral y armónico, la sociedad actual necesita de la participación de los jóvenes; sin embargo, la juventud se muestra al conjunto de la sociedad a través de expresiones que se apartan de las expectativas que se tiene de ella.

La universidad tiene efectividad social cuando su orientación se dirige a preparar ciudadanos que, más allá de la letra escrita en la ‘Misión’, sean verdaderamente críticos, participativos y solidarios.

La acción pedagógica de la realidad educativa debe impregnarse de prácticas que vayan desarrollando las competencias ciudadanas, que generen un nuevo estilo de ser y estar en sociedad como condición para la construcción de esa nueva sociedad. En esta perspectiva, pensamos que el diseño curricular debe reflejar la variedad cultural e inducir la tolerancia, la participación y solidaridad, necesarias en la formación integral que pretende la universidad.

## **Cultura política: aproximación al concepto**

A partir del conocimiento de los valores, creencias, convicciones y conductas de los ciudadanos en una sociedad determinada, se puede pensar la construcción y la permanencia de un sistema democrático. Una cultura política democrática, con profundas raíces en la población, sería la premisa fundamental para la existencia de instituciones sólidas.

Las sociedades, toda sociedad, construyen formas de representar el mundo y de explicar los distintos fenómenos de la naturaleza y las relaciones que construyen en la interacción con los otros miembros de su sociedad. La cultura como sistema de símbolos, normas, costumbres, mitos e imaginarios, confiere significado a las acciones de los individuos, orientando sus comportamientos y otorgando identidad a los miembros de la colectividad.

Los valores, concepciones y actitudes que se orientan hacia el ámbito específicamente político y que configuran la percepción subjetiva que tiene una colectividad respecto del poder, se denomina cultura política.

Sin duda alguna, cultura política es una noción compleja que ha originado numerosas discusiones, cuestionamientos y controversias. Los distintos ángulos de donde se ha abordado en el campo de las Ciencias Sociales, pone en evidencia su complejidad y la dificultad para lograr un consenso sobre el concepto como marco explicativo. Lo que ha quedado claro es que no hay una única definición aceptada por todos; ni siquiera existen categorías de clasificación que se consideren válidas para los fines investigativos.

Las relaciones de dominación y sujeción, como relaciones de poder y de autoridad, son los ejes alrededor de los cuales se estructura la vida política. Son éstas relaciones el referente central de la cultura política. Está constituida por el imaginario colectivo organizado en torno a los asuntos del poder, la influencia, la autoridad y su contraparte, la sujeción, el sometimiento, la obediencia y, por supuesto, la resistencia y la rebelión.

Si bien la concepción y las prácticas del poder han cambiado radicalmente en la actualidad, la definición de Max Weber como:

*“(...) la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos, requiere de algún tipo de creencia en una legitimidad bien sea, tradicional, carismática o racional. Así, la obediencia al que ejerce el poder encontrará su fundamento más allá de la simple violación o la coerción económica: la pregunta sobre la cultura política pretende indagar cómo percibe una población el universo de relaciones que tienen que ver con el ejercicio del mandato y la obe-*

---

*diencia, y cómo las asume, qué tipo de actitudes, reacciones y expectativas provoca, y de qué manera éstas tienen un impacto sobre el universo político”<sup>1</sup>.*

La cultura política como código subjetivo, se extiende desde las creencias, convicciones y concepciones sobre la situación de la vida política, hasta los valores relativos a los fines deseables de la misma y las vinculaciones y actitudes hacia el sistema político, o algunos de sus actores, procesos o fenómenos políticos.

Otras perspectivas teóricas y metodológicas han animado sus reflexiones sobre el tema dando cuenta de fenómenos relacionados con la cultura política: los “imaginarios y las mentalidades”, las “representaciones sociales” que se elaboran sobre la realidad social y de ésta sobre la vida política.

Una reflexión significativa sobre la cultura política en Colombia ha dirigido su atención a las relaciones entre religiosidad católica, sistema educativo e intolerancia política e ideológica. En esta tensión, los analistas encuentran los factores estimulantes de la intolerancia ideológica y violencia política presentes en la experiencia histórica colombiana.

Como más arriba se señaló, la cultura política suele definirse como el conjunto de actitudes, normas y creencias compartidas más o menos ampliamente por los miembros de una determinada unidad social y que tiene como objeto fenómenos políticos. En el plano teórico o doctrinario, las culturas políticas conforman un polémico campo compuesto por el liberalismo, el nacionalismo, el conservatismo, el populismo etc. De tal manera que el carácter político de cierto fenómeno o material cultural (discursos, creencias...) estaría dado porque se refiere a fenómenos políticos.

## **Cultura política y modernización**

“Civic Culture”<sup>2</sup>, investigación pionera de la política comparada, ha sido considerada como la más clásica e influyente en el tratamiento de la cultura política; consistió en un estudio sobre las actitudes de la población hacia sus respectivos sistemas políticos; los autores Almond y Verba analizan las orientaciones con respecto al sistema político, basándose en los elementos cognitivos, evaluativos y afectivos; a partir de estos se distinguen tres tipos puros de cultura política:

### **1. La cultura política parroquial**

Esta cultura política es propia de las sociedades tradicionales, poco diferenciadas y con escasa integración nacional. Los individuos están “vagamente concientes” de la existencia del gobierno central y no se perciben capacitados para incidir en el desarrollo de la vida política.

---

1 PERCHARD, Jacqueline. En: Cuadernos de divulgación de la cultura democrática. Nro 2. México D.F., 2001. p.21

2 ALMOND, G y BERBA, S. La Cultura cívica: estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones. Madrid: Euroamérica, 1970.

## 2. La cultura política de subordinación (de súbditos)

Esta cultura es pasiva y asociada a la existencia de regímenes autoritarios. Los ciudadanos, conscientes del sistema político nacional, se consideran subordinados del gobierno más que participantes del proceso político; solamente se adhieren a los productos del sistema pero son ajenos a las formulaciones de las decisiones y las políticas públicas.

## 3. La cultura política participativa

En esta cultura, los ciudadanos tienen conciencia del sistema político nacional y se interesan en su funcionamiento. Favorece la existencia de regímenes democráticos; los individuos desean ejercer sus derechos y obligaciones.

Un discurso o una manifestación cultural “no será político sólo porque se hable de política (criterio semántico) sino porque realice ciertos tipos de actos transformadores de las relaciones ínter subjetivas (criterio sintáctico y/o pragmático): otorgan un lugar a los sujetos autorizados (con derecho a la palabra), instaura deberes, construye las esferas, genera la confianza”<sup>3</sup>.

En toda sociedad, en un momento dado, se define lo que es y lo que no es asunto político en la medida en que prevalecen determinadas concepciones sobre la cultura, las relaciones que debe guardar con la vida pública y privada de los individuos, y los criterios de autoridad que definen las jerarquías.

Siguiendo a Oscar Landi, debemos aceptar que con la ampliación del caudal semiótico que puede conformar una cultura política en la organización del campo político, deberían asumirse las creencias religiosas, el sentido común, el flujo informativo, las prácticas religiosas, la identidad sexual, social, regional, estilos estéticos, memorias individuales, colectivas, rituales y discursos.

Desde la antropología social F. Cruces y Ángel Díaz de Rada<sup>4</sup>, han intentado una aproximación al concepto de cultura política partiendo de la crítica a las propuestas teóricas de Almond y Verba (Civic Culture), cuestionan la visión universalista y occidentalista de su concepción de la cultura política: la disociación de “política y cultura” al restringir la cultura a valores, creencias y disposiciones de comportamiento en relación con el sistema político.

Desde la Antropología Social, los trabajos sobre redes sociales y la manera como éstas se articulan con la cultura, produciendo un tejido de relaciones de poder, constituyen otra aproximación a la reflexión sobre cultura política; como esquema explicativo sus estudios constituyen un esfuerzo

---

3 LANDI, Oscar. Cultura Política: un concepto útilmente ambiguo. En: Revista Punto Sur Buenos Aires, 1988 p. 17

4 CRUCES, Francisco y DIAZ DE RADA, Angel. La cultura política parte de la política cultural o es parte de la política, o es parte de la cultura. XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, (1: México: 1995).

---

por escapar a los modelos occidentalistas y racionalistas que están en la base de la moderna construcción de la institucionalidad capitalista.

En la distinción entre la gramática (lengua) y el habla (la palabra), Lomnitz y Díaz <sup>5</sup>, proponen que la cultura aparece como lenguaje de comportamiento; la gramática como el conjunto de categorías y reglas que representan la continuidad en la cultura; el habla es su comportamiento lingüístico, que por naturaleza es variable.

La cultura política vendría a ser la gramática de las relaciones de dominación/ subordinación / cooperación; es decir, la gramática del control social: del poder y su forma de expresarse.

Larissa propone definir la cultura política sobre la base de:

- La estructura de las redes sociales que tienen relación con el poder y depende de la dirección en la que se dan los intercambios;
- Redes horizontales y redes verticales, de lo que se intercambia y de la articulación que se da entre las redes. En toda sociedad se dan intercambios simétricos y asimétricos, que se van articulando entre sí conformando el tejido social. El predominio de unos sobre otros y su combinación dan el carácter a la cultura política;
- La del sistema simbólico: que refuerza y legitima la estructura de redes e incluye manifestaciones tales como el discurso, los rituales políticos, el lenguaje, el uso de tiempos y espacios, elementos que con frecuencia son constitutivos de la ideología nacionalista.

Cuando se trata de caracterizar la cultura política de una determinada categoría social, la juventud, por ejemplo, el problema surge cuando la experiencia cotidiana moldea de distintas maneras los hábitos, modos de vida, percepciones y estilos de ejercicio de la acción política. Lo anterior adquiere mayor complejidad en una sociedad donde existan relaciones de dominación y desigualdad, matizados por la presencia de clases sociales, etnicidades diversas y religiones distintas; cada sector de la sociedad manifestará percepciones diferentes sobre asuntos similares:

“No hay mejor manera de entender la modernidad como época, estructura institucional y experiencia vital, que atender a los discursos con que ella habla de sí a través de las múltiples voces, de la calle y del alma de pensadores y artistas de la plaza y el mercado, de ciudadanos y personas privadas. Por eso los textos más sugestivos sobre la modernidad son precisamente aquellos que con inteligencia resumen y dejan hablar en un mayor número de voces”<sup>6</sup>

---

5 LOMNITZ, Larissa y DIAZ, Rodrigo. Gramática cultural y racionalidad burocrática en las ciudades latinoamericanas. En: Repensando la ciudad en América Latina. Hardoy y Morse (comp.) Buenos Aires: Grupo editor latinoamericano, 1988.

6 BRUNNER, José. Modernidad: Culto o Periferia. Claves de lectura. Ed. Estudios Públicos, 2001. p.251

## **Socialización**

La vigencia y vitalidad de una sociedad es impensable si la misma no dispone de mecanismos adecuados para que sus miembros se transformen en ciudadanos activos, con plena conciencia de los valores y principios que conforman la democracia como régimen y estilo de vida.

Dentro de esos mecanismos, la socialización en sus distintas expresiones, juega un papel central en orden a la constitución de la sociedad como sistema estable y capaz de manejar los conflictos inherentes a su funcionamiento y estructuración.

La socialización denota el proceso mediante el cual se transmite la cultura de una generación a la siguiente. Con la aparición formal del término, surgen posiciones que quieren extender su significado más allá del aprendizaje de las funciones sociales. Kluckhohn y Herskovitz son mencionados en la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales por proponer los vocablos ‘culturalización’ y ‘enculturación’ que incluyen la transmisión de creencias, valores y otros aspectos cognitivos de la cultura.

Los primeros estudios sobre la socialización llevaban implícita una teoría del aprendizaje compartida por el método psicoanalítico y cultural. En la medida en que la socialización afecta a la estructura de hábitos o a la personalidad de los miembros de una sociedad, se convierte en uno de los mecanismos mediante los cuales se integra la cultura.

## **El aprendizaje del orden**

Para el mantenimiento del orden vigente, las sociedades despliegan un repertorio de actitudes y valores que deben inculcar en los sujetos y que éstos deben aprender en la actuación del rol social, político y económico que ese orden determina. Como función de vital importancia para la sociedad, la socialización garantiza a la vez la existencia del todo social, pero también el modo cómo se realiza. La continuidad del sistema y dentro de éste, del orden como estabilidad tranquilizadora, encuentra en la socialización el proceso por excelencia como horizonte común de sentido que cohesionan las voluntades humanas.

Aunque la socialización minimiza la posibilidad de cambio, conviene admitir lo que afirma Touraine:

“Como vivimos en sociedades de cambio, mezcla también de socialización y aislamiento, tenemos que fortalecer en cada uno la capacidad de vivir activamente el cambio. Si recurrimos únicamente a principios de orden, no haremos sino aumentar la distancia social entre quienes

---

pertenecen a las categorías centrales y quienes viven en zonas periféricas, dominadas por la inseguridad y la dependencia”<sup>7</sup>.

Por fuera de la sociedad -nos recuerda Castoriadis-, el ser humano no es ni bestia ni dios, pues simplemente no es, no puede existir: “El ‘monstruo’ prometedor y terrible que es el recién nacido, radicalmente inadaptado para la vida, debe ser humanizado, y esta humanización es su socialización, trabajo social mediado e instrumentado por el ambiente inmediato del niño”<sup>8</sup>.

Desde su nacimiento, el sujeto humano queda amarrado en un campo histórico social, y es colocado simultáneamente bajo la influencia del imaginario colectivo instituyente. La sociedad no puede dejar de producir, en primer lugar, individuos sociales conformes a ella y que la producen a su vez.

No hay un ser humano extrasocial; no existe la realidad ni la ficción coherente de un individuo humano como sustancia asocial, extrasocial o presocial.

No puede existir el individuo sin lenguaje y este lenguaje es una institución social, una creación humana. Deben existir seres humanos ya socializados y un lenguaje que se recibe necesariamente de su socialización; para que exista ínter subjetividad es necesario que haya sujetos humanos y la posibilidad de que se comuniquen.

## **Los aprendizajes de la política**

Como se planteaba en otro lugar, la sociedad no puede dejar de producir individuos conformes a ella y que la reproducen a su vez. La producción de estos individuos tiene que ver con el tema que hemos venido desplegando: la socialización.

Si los individuos no nacen ciudadanos sino que se hacen, cabe preguntarse por el proceso que produce esta conversión y sobre el contenido de la misma. La pregunta por la socialización política nos impone también otra: ¿existe una y exclusiva manera de entender la socialización como proceso integrador del individuo a la sociedad, o existen maneras distintas de entenderla y, en consecuencia, diversas interpretaciones de la misma?

Las discusiones actuales sobre la ciudadanía suponen la existencia de aprendizajes de contenidos y competencias orientadas a la incorporación de los individuos a sus comunidades de pertenencia.

---

7 TOURAINE A. ¿Podremos vivir juntos? La discusión Pendiente: el destino del Hombre en la Aldea Global. Buenos Aires: F.C.E., 1997, p. 279.

8 CASTORIADIS, Cornelius. En: Iniciativa Socialista. No. 38 (feb. 1996) pág. 3



Vale la pena anotar que el tratamiento del tema de la socialización política no ha gozado de suerte y su importancia y centralidad tiene un reconocimiento relativamente reciente.

Con la aparición en escena de los lenguajes y teorías que ven la realidad social como “construcción” y la percepción de la fragmentación que los individuos viven en sus modos de ser y estar en el mundo contemporáneo, nos obligan a replantear los aprendizajes de normas, valores, estilos e ideologías que explican nuestra vida social.

La teoría que formuló T. Parsons, que se origina y extiende en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX, conocida también como Estructural-Funcionalismo, se erigió como teoría general para explicar la estructura del sistema social y de sus elementos componentes en términos de funciones. Toda acción social, entendida como interacción, discurre en un contexto normativo definido por una cultura compartida, que supone a su vez, un sistema de valores.

El proceso de socialización, en síntesis, se concibe como aprendizaje del control social en tanto garantiza, como su función decisiva, la integración social a través de la internalización de normas y valores como elementos constitutivos de la personalidad. El problema del orden, desde esta perspectiva, es el problema de la integración de los sistemas estables de la interacción social. Cuando la motivación de los actores se integra con los criterios normativos culturales ocurre, según Parsons, la integración del sistema social.

Dos preguntas centrales quedan sin solución desde esta manera de entender el sistema social y la función integradora del proceso de socialización: si las identificaciones de la infancia son decisivas en las futuras identificaciones en la adolescencia, vale decir, de los jóvenes, el peso de la socialización en la vida adulta no se ve claro aquí; y en segundo lugar, no resuelve la pregunta de cómo la socialización así entendida puede asegurar la continuidad de las normas y valores entre distintas generaciones.

La concepción funcionalista predomina en los estudios sobre socialización política en el marco de la teoría sobre cultura política según el modelo de G. Almond y S. Verba y que inaugura la tradición de estudios entendida como Cultura Cívica.

El segundo modelo clásico de socialización es el de Piaget. Su definición del proceso entiende el desarrollo mental de los niños como una construcción no lineal, con una doble dimensión individual y social: es un proceso activo de adaptación discontinua a formas mentales y sociales cada vez más complejas.

Para Piaget la socialización es una construcción activa e interactiva de las conductas sociales que incluye tres aspectos complementarios: primero, un aspecto cognitivo que representa la estruc-

---

tura de la conducta y se traduce en reglas; en segundo lugar, un aspecto afectivo que representa la energía de la conducta y se expresa mediante valores; y, finalmente, un aspecto expresivo que representa los significados de las conductas que se simbolizan en signos. Insiste, además, en que existe una correlación esencial entre las estructuras sociales y las mentales.

E. Durkheim (1859-1917), autor de “La Educación Moral” asimila la noción de socialización a la de educación y resalta el rol esencial de la escuela en la inculcación de las normas de la sociedad a la “joven generación”, según sus términos. Insiste en la idea de una “educación moral” autoritaria, necesaria para mantener y perpetuar la sociedad. Al respecto, propone la fórmula clásica que define la educación como:

“La acción ejercida por las generaciones adultas sobre las que todavía no están maduras para la vida social, tiene por objeto suscitar y desarrollar en el niño cierto número de estados físicos, intelectuales y morales, que exigen de él la sociedad política en su conjunto y el medio especial al que está particularmente destinado”<sup>9</sup>.

La educación para Durkheim, crea en el hombre un ‘ser nuevo’ en la medida en que en cada uno existen dos seres sólo separables por abstracción:

“El uno está hecho de todos los estados mentales que se reflejan únicamente en nosotros mismos... el otro es un sistema de ideas, de sentimientos y de hábitos que expresan en nosotros, no nuestra personalidad, sino el grupo o los grupos diferentes de los cuales formamos parte; tales son las creencia y las prácticas morales, las opiniones colectivas de todo género. Su conjunto forma el ser social. Constituir este ser en cada uno de nosotros, tal es el fin de la educación”<sup>10</sup>.

La concepción de Piaget sobre la socialización tiene en común varios aspectos con la de Durkheim:

- La socialización se refiere a la “nueva generación”.
- La generación anterior interviene en la socialización transmitiendo sus modelos.
- La socialización se asume como educación moral de los individuos.

Se diferencia y opone a la de Durkheim:

- La socialización también compromete a los individuos: ellos no son pasivos sino activos y participan en su socialización, no reduciéndose al aprendizaje de normas y valores de la sociedad.
- El individuo no nace social, se convierte progresivamente por las influencias que se ejercen sobre él.
- La socialización no es una transmisión por coerción sino una construcción de nuevas reglas de juego. Surge como una construcción en la que participa el individuo.

---

9 DURKHEIM E. Educación y Sociología. Bogotá: Linotipo, 1979. p.70.

10 Ibid. P.7

- La socialización, que supone la actividad del socializado, no se orienta a la reproducción social, sino que, contrariamente, contribuye a la evolución social. No es educación para perpetuar la sociedad como piensa Durkheim.

Piaget observa que después de los doce años, el adolescente construye su propia escala de valores. No acepta sumisamente las normas y valores de los adultos; con sus pares discute las normas y construye nuevas reglas.

La politóloga francesa Annick Percheron<sup>11</sup>, vincula el estudio de la socialización política con la preocupación por la indagación sobre los fundamentos de la pertenencia y la construcción de las identidades sociales. Define la socialización como código simbólico que resulta de las “transacciones” que se establecen entre el individuo y la sociedad.

Una definición “realista” de los fenómenos de socialización política debería tener en cuenta dos afirmaciones: 1) La política no hace su aparición en la vida de los individuos sólo cuando éstos alcanzan su mayoría de edad; 2) la socialización política, no resulta, en la mayoría de los casos, de aprendizajes deliberadamente políticos.

De las consideraciones anteriores se derivan ideas fundamentales que conviene tener en cuenta:

- La socialización es un proceso interactivo y multidimensional compuesto por las transacciones que tienen lugar entre socializados y socializadores.
- La socialización es el desarrollo de una cierta representación del mundo y, sobre todo, de mundos especializados como el político.
- La socialización es, ante todo, el producto de las influencias pasadas y presentes de múltiples agentes de socialización.
- Como consecuencia de todo lo anterior, la socialización es un proceso de identificación, de construcción de una identidad, de una pertenencia y de una relación. El signo de pertenencia a un grupo es la adquisición de un “saber intuitivo” definido como “comenzar a pensar con los demás”.

Los trabajos de Percheron, introducen un concepto importante tomado de la psicología social: las representaciones sociales.

## **Instituciones: agencias socializadoras**

Según Norberto Bobbio, las sociedades modernas buscan actualmente los mejores medios para transitar hacia un modelo de organización política en el que la democracia formal se vuelva más

---

11 PERCHERON, Annick. La Socialisation politique. Paris: Armand colin, 1993

---

real, la democracia política se extienda a la sociedad y la democracia representativa se complemente con mecanismo de democracia directa.

En las concepciones pre-modernas del poder, se admite sin más, que el orden social está fatalmente ligado a una estructura de dos niveles: en el primero se ubican los llamados a tomar decisiones de gobierno, mientras que en el segundo aparecen los llamados a obedecer tales decisiones. De aquí resulta un modelo de gobierno construido sobre una comunidad de “súbditos”.

Las concepciones modernas rompen con todos esos prejuicios a partir de una revaloración del individuo y en el marco de una nueva concepción según la cual la persona humana es un ser digno, es decir, es un fin en sí mismo, de donde se deriva su libertad e igualdad en derechos, oportunidades y obligaciones en relación con sus semejantes.

Estas ideas proyectadas en lo público, hacen aparecer un modelo de gobierno basado ya en comunidades de ciudadanos, quienes libres de viejas ataduras sociales, pueden ya pertenecer al nivel de los que gobiernan y pueden influir en las decisiones que toman quienes gobiernan, al menos en el plano formal.

Según las características peculiares de la sociedad, de la etapa en la vida del sujeto y de su posición en la estructura social, dependerá la importancia y el papel que juegan los diversos agentes de socialización.

### **La familia como agencia socializadora**

La diferenciación y complejidad de las sociedades, hacen cada vez más complejo el proceso de socialización. En la historia de la humanidad, la familia ha sido la agencia de socialización más importante en la vida del individuo: la realidad original de la niñez es el “hogar”; en comparación con ella, todas las realidades posteriores son “artificiales”.

Pocas veces, al analizar los fenómenos políticos se ha tenido a la familia como lugar central de los mismos. En la teoría política clásica ocurría otra cosa muy distinta; los tratadistas le reservaban un lugar preferente.

Con el liberalismo del siglo XIX apareció la división tajante entre las esferas de la vida pública y la vida privada; así como la revolución industrial separó la producción del núcleo familiar, la revolución liberal introdujo el divorcio entre política y vida familiar.

Buena parte de la moderna investigación política empírica ha adolecido de esta manera de entender la política como una actividad pública ajena a la vida privada. Sin embargo, el

comportamiento político se halla condicionado por las experiencias transmitidas y aprendidas en el ambiente familiar.

Existe un repertorio grande de estudios que sostienen que las actitudes políticas básicas se forman en los procesos de socialización que tienen lugar en la infancia, en contacto con la familia:

“En el caso concreto del comportamiento electoral, la familia juega un papel fundamental en la transmisión de las lealtades partidistas, las cuales se encuentran en la base de la formación de las decisiones electorales de los individuos adultos, según argumenta buena parte de la teoría contemporánea sobre el comportamiento electoral. Esta continuidad ideológica entre padres e hijos fue formulada por Lane (1959) como la ley de Mendel de la política”<sup>12</sup>.

La familia como primer núcleo transmisor de valores sociales, produce la inserción del individuo en la vida social; y a pesar de su desplazamiento como agencia socializadora en el mundo contemporáneo a favor de instituciones especializadas como la escuela o los medios de comunicación social, no puede subvalorarse su importancia en tanto “correa transmisora” de normas y valores en la conformación de lo público en una sociedad concreta.

Desde este punto de vista, el conocimiento de la familia adquiere gran relevancia para la comprensión de la dimensión ideológica y política en una determinada sociedad, si se entiende como garante de la moral pública y privada:

*“Las grandes transformaciones que ha experimentado la familia y las prácticas de crianza en las últimas décadas en las sociedades occidentales, como las que se derivan de la incorporación de la mujer al mercado laboral, no han debilitado la capacidad de influencia de la familia sobre el proceso de socialización política. Annick Percheron (1990) apunta que el nivel de comunicación dentro de la familia ha permanecido estable. No obstante, según los datos que maneja el propio autor, la confianza entre padres e hijos ha tendido a aumentar, así como los temas, antes espinosos, en los que la comunicación entre padres e hijos es ahora más frecuente y menos conflictiva... En las últimas décadas se ha producido un decaimiento pronunciado de la autoridad paterna dentro de las estructuras familiares, que ha facilitado la mejoría de las relaciones intergeneracionales”<sup>13</sup>.*

En definitiva, hay un mayor reconocimiento de la autonomía de los hijos, y la tolerancia de los padres hacia los hijos es mayor en la actualidad y comparativamente mucho mayor que antes.

12 JAIME C., Antonio. Familia y socialización política. En: Revista Española de Investigaciones Sociológicas. Madrid, 2000. p. 72.

13 Ibid. P.74

---

En relación a las lealtades partidistas, los hallazgos de la investigación sobre socialización política señalan que la mayoría de las personas aprenden las lealtades partidistas de sus padres y que estas lealtades son aprendidas a una edad muy temprana. Otros estudios concluyen la existencia de una clara correspondencia entre las afinidades ideológicas de los estudiantes y las de sus padres. Sin embargo, el éxito en la transmisión de las lealtades partidistas está en función del grado de politización del hogar. Existen bastantes indicios de que el proceso de aprendizaje de las afinidades ideológicas no se basa en un proceso de adoctrinamiento, sino que depende más bien de los comportamientos observados por el niño durante su etapa de socialización.

Como consecuencia del predominio de la perspectiva liberal en los estudios sobre la ciudadanía, la familia se sitúa en el ámbito privado considerándola ajena al espacio público. El conjunto de las reflexiones sobre la socialización sigue destacando la centralidad del grupo familiar en los aprendizajes de los valores y normas básicas de la conducta social, y su influencia en algunas predisposiciones con respecto a lo político.

Juventud: ¿ciudadanía en proyecto?

En las sociedades democráticas modernas se percibe un evidente distanciamiento de la juventud con respecto al sistema político institucional que se traduce en apatía y desconfianza en la “clase dirigente”. Los asuntos que se definen como políticos no impactan los intereses reales, ni entran en el campo de las cosas por las que vale la pena esforzarse y luchar. Asistimos a un creciente desinterés, apatía y pasividad frente a los temas relacionados con la esfera pública.

Conviene pensar los factores que permiten explicar esta situación, si se quiere derivar del conocimiento de la misma, cierta claridad para entender el comportamiento político de los jóvenes.

Entre los factores que los expertos señalan como influyentes, vale la pena señalar dos fundamentales: 1- las transformaciones que vienen enfrentando las democracias occidentales; 2- el nuevo modelo de juventud que se configura en las sociedades modernas.

Los diagnósticos más extendidos alrededor de los problemas que se ciernen sobre las democracias apuntan al señalamiento sobre la incapacidad de los sistemas democráticos para atender las necesidades y demandas de sociedades cada vez más complejas. Los canales convencionales de participación sufren un desgaste y se muestran poco funcionales a la hora de transmitir las demandas e intereses de los distintos grupos de la sociedad.

En lo que se refiere al sistema político, la imagen que se tiene del mismo corre una suerte parecida. Se piensa, y es una idea ampliamente compartida, que las decisiones que se toman y podrían impactar a las comunidades o grandes sectores de la población, se originan y pasan en

lo fundamental por las grandes corporaciones económicas, las élites financieras e instituciones internacionales que impulsan el desarrollo del capitalismo mundial.

La experiencia social con las democracias contemporáneas, pareciera dar cuenta de la pérdida del dinamismo como sistema político; el desgaste de la calidad de la vida democrática se percibe cada vez mayor. Calidad que se entiende como ampliación de la democracia mediante la extensión de la democratización en la aplicación de procedimientos que permitan la participación de los individuos en instancias diferentes de las estrictamente políticas.

Si se habla de desarrollo de la democracia, éste no se refiere a la sustitución de la democracia representativa por la democracia participativa, sino que se da

*“...en el paso de la democracia en la esfera política, es decir, en la esfera en la que el individuo es tomado en consideración como ciudadano, a la democracia en la esfera social, donde el individuo es tomado en cuenta en la multiplicidad de sus status, por ejemplo de padre e hijo, de cónyuge, de empresario y de trabajador, de docente y de estudiante, y también de padre de estudiante, de médico y de enfermo, de oficial y de soldado... En otras palabras, en la ampliación de las formas de poder ascendente, que había ocupado hasta ahora casi exclusivamente el campo de la gran sociedad política, al campo de la sociedad civil en sus diversas articulaciones, desde la escuela hasta la fábrica”<sup>14</sup>.*

Puede darse un estado democrático, insiste Bobbio, en una sociedad en la que la mayor parte de sus instituciones, la familiar, la escuela, la empresa, los servicios públicos, no están gobernados democráticamente.

Vivimos en una sociedad policéntrica donde la política ya no representa el vértice ordenador de la pirámide social. Esa crisis de la política como medio organizador de la vida social es la que subyace a muchas de las coyunturas dramáticas que sufren los países latinoamericanos. Sostiene N. Lechner:

“Al descentramiento se agrega, por otra parte, la restricción del campo de la acción política. La causa visible es la expansión del mercado... Por consiguiente, la política dispone de menos capacidad de intervención que antes. La jerarquía es un recurso menos aplicable en situaciones de gran complejidad. Ahora se requieren relaciones más horizontales de coordinación. Es precisamente lo que ofrece el mercado como mecanismo de coordinación descentralizada entre las personas”<sup>15</sup>.

---

14 BOBBIO, Norberto. Estado, Gobierno y Sociedad, 2ª Ed. México: F.C.E, 1994. p. 219.

15 LECHNER, Norbert. Nuevas Ciudadanías. En: Revista de Estudios Sociales. Santa Fé de Bogotá, No. 5 (Ene 2000); p. 26-27.

---

La dimensión simbólica de la política se desvanece, y en esta medida crece la individualización de los ciudadanos. Pero es una individualización de espaldas a la sociedad y la política: comparado con décadas anteriores, las personas ya no suelen invertir sus afectos y emociones en la política.

Un segundo elemento que es oportuno plantear para comprender la apatía o distanciamiento de los jóvenes respecto de la política convencional, debe indagarse en el campo de aquellas situaciones que moldean las circunstancias vitales de la juventud y que conforman el campo de lo que se define como posmodernidad. A este respecto viene bien la reflexión de Castoriadis en *El Ascenso de la Insignificancia*:

“Hay un vínculo intrínseco entre cierto vaciamiento de la política y la insignificancia en los otros campos: en las artes, en la filosofía o en la literatura. Este es el espíritu de los tiempos. Todo conspira a extender la insignificancia”<sup>16</sup>.

En la reflexión de Castoriadis, las democracias contemporáneas estarían claudicando en su dinamismo para responder a los cambios sociales, culturales y económicos. Asistimos a la disolución de las grandes ideologías políticas que pretendían cambiar verdaderamente las cosas en la sociedad. Estas ideologías han dejado de responder a las aspiraciones, a la situación de la sociedad, a la experiencia histórica.

Hay un hecho innegable a tener en cuenta: la aceleración histórica de nuestro tiempo provoca un distanciamiento entre jóvenes y adultos progresivamente mayor:

*“Cada vez son más las personas que en la plenitud de su vida advierten cuánto les separa de quienes rondan la veintena. Frente al mundo establecido de los adultos, que asumen las funciones directivas en lo económico y lo político y se arrojan las responsabilidades, los jóvenes se sienten marginados. Pero, además, la sociedad postindustrial, en la que el malestar juvenil es más acentuado muestra escasa imaginación y capacidad para dar la respuesta adecuada a las demandas afectivas y deseos de la juventud. Por el contrario, los medios de socialización de que se vale, más que hacer compartir los presupuestos colectivos por la fuerza de la convicción, se empeñan en la tarea de adaptar a los jóvenes a esquemas propios de los adultos, a prepararlos para competir en una lucha en la que “los mejores” serán los que logren “triunfar en la vida”, expresión que viene a significar, en el fondo, disposición de bienes materiales y congruencia con los modelos ideológicos imperantes, que, por otra parte, predicán una teórica igualdad de oportunidades que luego desdice la realidad”<sup>17</sup>.*

---

16 CASTORIADIS, Cornelius. *El Ascenso de la Insignificancia*. En: *Le Monde Diplomatique*. (Ago 1998); p. 28-29

17 ARANGUREN, José Luis. *Bajo el Signo de la Juventud*. Temas Clave, Barcelona: Salvat., 1985, p. 6-7.



En sociedades cada vez más complejas y plurales, la inserción plena de los jóvenes en la vida comunitaria como realización de una ciudadanía activa, implica aprendizajes formales o informales para la adquisición de competencias ciudadanas. La ciudadanía a plenitud de los jóvenes se ve comprometida por obstáculos que niegan tal condición. Se sigue pensando a los jóvenes más como ciudadanos del futuro o en proyecto.

La idea antigua según la cual las nuevas generaciones deben someterse a un período de espera, antesala que exige una socialización previa al reconocimiento como miembros activos de la sociedad, sigue manteniéndose incuestionada.

Los estudiosos del tema llaman “moratoria social” a la etapa que transcurre entre el final de los cambios corporales que suceden en la adolescencia y la plena integración a la vida social que ocurre cuando la persona forma un hogar, se casa, trabaja, tiene hijos:

“La moratoria alude a que, con la modernidad, grupos crecientes que pertenecen por lo común a sectores sociales medios y altos, postergan la edad del matrimonio y de procreación y durante un período cada vez más prolongado, tienen la oportunidad de estudiar y de avanzar en su capacitación en instituciones de enseñanza que, simultáneamente, se expanden en la sociedad. Este tiempo intermedio abarca a grupos numerosos que van articulando sus propias características culturales”<sup>18</sup>.

La juventud sería entonces, aquel período en que la asunción plena de responsabilidades económicas y familiares se ve postergada. Es tiempo libre socialmente legitimado, “un estadio de la vida en que se postergan las demandas, un estado de gracia durante el cual la sociedad no exige”.

## **Los nuevos sentidos de la ciudadanía**

En el ámbito de lo político-estatal se otorga el reconocimiento a los ciudadanos, y en esa medida, la ciudadanía se concibe por referencia al Estado y al sistema político. Desde aquí las personas se piensan y sienten ciudadanos, construyen sus identidades colectivas, defienden sus intereses y manifiestan sus opiniones.

Con la creciente erosión de la “política institucional” se generan nuevas concepciones acerca del rol del ciudadano:

---

18 URRESTI, Marcelo y MARGULIS, Mario. En: *Viviendo a Toda*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, (1998); p.5

---

“Cuando el sistema político pierde su centralidad y su jerarquía vertical, cuando la acción política tanto el marco nacional como el marco institucional, cuando el discurso político ya no escenifica una verdad autoevidente, cuando las bases del contrato clientelista se diluye, en fin, cuando el Estado pierde su aura de poder sacrosanto, también cambia el papel del ciudadano”<sup>19</sup>.

Estas circunstancias obligan nuevos procesos de identificación y adhesión, dando paso a identidades y adhesiones más reflexivas y menos fundadas en la herencia y la tradición.

La situación adquiere los contornos de “crisis social” si se tienen en cuenta las nuevas exigencias del mundo globalizado y la agudización de viejas contradicciones que interfieren con el proyecto modernizador de nuestra sociedad y el ejercicio pleno de la ciudadanía.

En este contexto, conviene pensar una redefinición de la ciudadanía en dos direcciones. Una propiamente instrumental que considera la política como algo ajeno, pero se dirige al sistema político para demandar solución a los problemas sociales.

La participación en la toma de decisiones, así como los proyectos de futuro no están en la agenda de las preocupaciones individuales; el interés se centra en la “gestión eficiente” a favor del bienestar de la gente. En otras palabras, desconfía de la política pero espera de la administración. Esta “ciudadanía instrumental” se mueve dentro de la lógica del cálculo racional que persigue la solución de problemas concretos.

La otra dirección en la redefinición de la ciudadanía, apunta al reconocimiento de los tipos de sujetos que pueden adquirir el estatus de ciudadanos en las sociedades contemporáneas.

El discurso clásico de la ciudadanía no reconocía diferencias de identidad y sólo atendía la dimensión integracionista del mismo. El reconocimiento de las distintas manifestaciones identitarias de los sujetos le era ajeno.

Lo anterior, nos plantea la necesidad de pensar la juventud en la doble dimensión de la integración a la sociedad y la del reconocimiento de sus propias expresiones culturales.

De estas dos imágenes, la del reconocimiento de la diversidad y la de la necesidad de integrarlas a la “sociedad adulta”, se derivan acciones según sea el interés o preocupación: su inserción en

---

19 LECHNER, Norbert. Nuevas Ciudadanías, En: Revista de Estudios Sociales. Santa Fe de Bogotá, No.5

el mundo laboral reproduciendo el modelo vigente, o el de su aceptación en tanto grupo que se da sus propias formas asociativas o se manifiesta a través de estilos de vida que le son propios.

## **Limitaciones a la ciudadanía**

La definición moderna de ciudadanía se extiende a terrenos cada vez más amplios de campos que desbordan la participación en la política formal: campos como el cultural, el educativo o el medioambiental, reclaman más y más el ejercicio de la ciudadanía.

Ámbitos diferentes al hogar y al intercambio comercial pueden definirse como escenarios para el ejercicio de ciudadanía sin que el requisito de la mayoría de edad se convierta en obstáculo para tal fin.

El sentido de la ciudadanía no se agota ya en la visión tradicional que apuntaba a la formación de una sola identidad nacional común, asimilando por “aculturación” a los miembros de culturas y etnias subalternas como precondition de su ciudadanía.

Si el ejercicio de la ciudadanía, como se ha venido exponiendo, conforma a la persona en “actor social”, conviene reflexionar sobre las formas de limitaciones a la ciudadanía juvenil para pensar desde allí líneas de acción que permitan entender las circunstancias particulares que rodean el ejercicio activo de la ciudadanía por parte de los jóvenes.

Quiero aquí proponer las reflexiones de John Durston expuestas en la ponencia presentada con ocasión del Encuentro Internacional sobre Participación Juvenil en 1994 y que da cuenta de cinco formas distintas de ciudadanía limitada: la ciudadanía denegada, la de segunda clase, la despreciada, la latente y la construida gradualmente<sup>20</sup>.

### **1. La ciudadanía denegada**

Afecta gradualmente a los sectores excluidos: etnias dominadas, pobres rurales, integrantes de los sectores urbanos marginados, y se les niega la posibilidad práctica de ejercer ciudadanía. La discriminación racial, la ausencia de espacios de participación dentro de su hábitat, y la falta de conocimiento e información son situaciones que configuran la negación de la ciudadanía.

---

20 DURSTON, John. Limitantes de ciudadanía entre la juventud latinoamericana. En: Revista Iberoamericana de Juventud. No. 1, Madrid. (1996); p 84 - 89

---

La respuesta del joven cuya ciudadanía ha sido denegada exige superar la autonegación generada y asumir una autoimagen positiva como base para la construcción afectiva de la ciudadanía activa en estos sectores.

## 2. La ciudadanía de segunda clase

Da cuenta de las barreras sutiles que dificultan el ejercicio de la ciudadanía que no es negada explícita o totalmente. Es el caso de los jóvenes que se ven discriminados en instituciones que se organizan alrededor del poder y la autoridad del “adulto”.

La consolidación de nuevas formas de producción económica, basados en la información y el conocimiento, regidas más por el mercado y menos por el Estado, exige nuevas definiciones del contenido del concepto de ciudadanía. La escasa o nula educación atenta contra el ejercicio efectivo de la ciudadanía en la “era de la información”.

## 3. La ciudadanía despreciada

Se da entre los jóvenes que disponiendo de los medios y entornos para el ejercicio de la ciudadanía, la rechazan en virtud de un idealismo altamente exigente. Durston, en referencia a la escuela filosófica de los antiguos griegos cínicos, prefiere hablar de una “juventud cínica”. Aquellos, planteando exigencias extremas de virtud y honestidad en el ejercicio de la ciudadanía, condenaban la ambición personal y la hipocresía en la actividad pública.

Al igual que los antiguos filósofos cínicos, muchos jóvenes desprecian su ciudadanía, erigiendo como pretexto la corrupción y manipulación que ejercen los políticos y el desgaste del sistema político tradicional.

## 4. La ciudadanía latente

En este tipo de ciudadanía se conjugan dos elementos opuestos: la predisposición favorable hacia la participación y la inexistencia de una causa que movilice energías para las acciones en el escenario público. Fluctúa entre la latencia como estado de espera y su activación en presencia de causas o situaciones que la activen.

## 5. La ciudadanía construida

Hace referencia a la construcción gradual que los individuos realizan de su propia ciudadanía. Tal construcción implica el aprendizaje de códigos, conocimientos y la experiencia práctica.

La familia, las comunidades, los medios de comunicación y de manera particular, la escuela, son los ámbitos multifuncionales, que actúan o deberían actuar como correas transmisoras de los principios y valores que inducen a la participación de los individuos en los asuntos que le convienen a la comunidad.

La escuela sería el lugar por excelencia llamada a vincular los valores y producir las competencias propias para el ejercicio de la ciudadanía en los jóvenes. El principal obstáculo a esta función formadora en las virtudes cívicas, es su carácter autoritario en sus estructuras y prácticas. Las prácticas pedagógicas no son el lugar de encuentro para la construcción de actitudes propicias para la formación democrática, y el aprendizaje del guión que los convierta en ciudadanos reales en una sociedad que reclama su participación.

## **BIBLIOGRAFÍA**

BENEDICTO, Jorge y MORÁN, María Luz. Aprendiendo a ser ciudadano: los jóvenes, ¿ciudadanos en proyecto? Injuve, Madrid, 2003.

BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas, La construcción social de la realidad, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1968.

BOBBIO, Norberto, El futuro de la democracia, Bogotá: FCE, 1992.

CERRONI, Humberto, Reglas y valores de la democracia, México: Alianza Editorial, 1992.

DAHL, Robert. Análisis sociológico de la política, Barcelona: Edit. Fontanella, 1968.

DURKHEIM, Emilio, Educación y sociología. Bogotá: Edit., Linotipo, 1979.

GIDDENS, Anthony, Consecuencias de la modernidad, Madrid: Alianza Editorial, 1994.

GREENSTEIN, Fred I. Socialización política. En: Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales. Vol. 10. Madrid: Aguilar, 1979.

LECHNER, Norbert, “La Democratización en el contexto de la cultura posmoderna”. En: Revista Foro. Bogotá No. 14 Abril de 1991, p. 63-70

\_\_\_\_\_, Nuevas Ciudadanías, revista de Estudios Sociales, Santa Fe de Bogotá, No.5

MARGULIS, Mario, La juventud es más que una palabra, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1996.

PARRA S, Rodrigo, Ausencia de futuro, Plaza y Janés, Bogotá, 1992.

TOURAINÉ, Alain, ¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global. Buenos Aires: F.C.E., 1997.